

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripcion 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Anuncio de un baile, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Opera italiana, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Ellas y ellos, por Z. Casaval.*—*Un avaro, por D. Victoriano Martinez Muller.*—*Este mundo es un fandango, por D. Mariano Ruiz-Lorenzo, conclusion.*—*Geroglífico.*

ANUNCIO DE UN BAILE.

Por varios conductos se nos ha remitido el *Anuncio de un baile de etiqueta* que ha de tener lugar en Sanlúcar dentro de pocos dias, rogándonos en una carta adjunta á uno de los ejemplares el que demos publicidad á dicho documento. Nada mas puesto en el órden, puesto que para eso se ha impreso y repartido con profusion; pero toda vez que el carácter de nuestro periódico no permite la insercion íntegra de anuncios, y toda vez tambien que ya ha visto la luz pública este en algun diario de los de la plaza, lo que podemos únicamente hacer es llamar la atencion acerca de él con tal cual observacion sobre los puntos diversísimos que abraza.

Dícese allí que el baile que se anuncia lleva entre otras cosas una decoracion en el patio de las fiestas de Luis XIII, una nube, colores del arco iris, las armas de España, de la casa de Borbon y Orleans, Bellas Artes y Comercio, y las de Sanlúcar. Todo esto alumbrado por luces invisibles.

Aquí sin duda debe de haber originalidad y grande en el espectáculo. Las fiestas de Luis XIV y de Luis XV, gentes amigas de divertirse como ellas solas, han sido ya copiadas á términos que no hay quien no las sepa de memoria, como lo prueba la actual moda del estilo Pompadour; pero nadie se habia acordado de las fiestas de Luis XIII, en la por lo visto errónea creencia de haber sido este rey un hombre melancólico y huraño, aislado toda su vida entre un cardenal y un capuchino, entre Richelieu y Fray José. Aquí pues se principia por ofrecer una novedad, y por cierto notable, puesto que no podia ser sospechada de nadie.

Otro tanto decimos de las armas de las bellas

artes y del comercio. Hasta aquí no se creia que tuviesen armas sino las familias, los estados y los pueblos, que son los que en rigor pueden armarse; pero como de esas cosas hay que los tiempos mudan. Antes solo los militares llevaban bigote y ahora todo el mundo lo usa.

Sigue un pavimento de alfombra imitando estera. Estera imitando alfombra estamos hartos de verla. Eso no seria nada nuevo.

Habrá refrescos dentro de los panales. Hasta ahora los panales se echaban dentro de los refrescos.

Anúnciase tambien un Parterre en el que tendrá gran parte la química. Esta es una verdad que debiera generalizarse todavia mas. La química produce las luces de Bengala como produce un pisto de pimientos y tomates.

En el tocador de S. A. R. habrá jabones, esencias, aceite, extracto y demás avíos. Eso era muy de esperar.

En otro lugar el *guardaropía*.

Estamos seguros de que aquí hay un yerro de imprenta. Se quiso decir *guardarropa*. Allí los concurrentes llevarán *ropa* que guardar; pero no llevarán *ropía*.

Orquesta invisible detrás del telon de boca. En los teatros está delante del telon. En cuanto á lo invisible, debe ser picante cuando menos eso de oír violines y no saber donde.

Habrá varias atmósferas, y luz opaca. De eso tenemos aquí en el teatro Principal.

De lo dicho, y de otras cosas mas que omitimos, resulta que el baile, si se ajusta en todas sus partes al programa, ha de ofrecer novedades en su forma sobre todo lo que en esta clase de espectáculos se acostumbra. Aun rebajando de ello lo que se quiera, puesto que no siempre salen estas cosas como la mente las imagina, siempre se tendrá allí un buen baile, porque para lo que en la esencia ha de constituirlo bueno y brillante sobran elementos en una poblacion tan civilizada, tan culta, tan cordialmente obsequiosa como lo es Sanlúcar de Barrameda; y porque aquellos elementos reciben ahora nuevo vigor y vida con la estancia en la mencionada ciudad de los Augustos Duques de Montpensier. La presencia de tan ilustres huéspedes, el concurso de distinguidos forasteros,

la proverbial belleza y elegancia de las hijas de Sanlúcar, la fina galantería que caracteriza á sus habitantes, bastaran con mucho á hacer que esta fiesta valga tanto mas que las que se evocan de Luis XIII. Esto no lo podemos dudar nosotros, y creemos que tampoco lo dude nadie. El casino de Sanlúcar sabe dar bailes, y en este punto tiene su basa muy bien sentada.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

OPERA ITALIANA.

La segunda de las óperas puestas en escena ha sido *Rigoletto*, tan conocida aquí por lo menos como *Hernani*.

Por mas que se sostenga que en las óperas italianas la música es el todo, nosotros creemos, sin embargo, que el argumento entra por bastante, y francamente lo decimos, el argumento de *Rigoletto* nos repugna, nos hace daño. Nada conocemos mas exagerado en el peor de los géneros posibles de inmoralidad. Esposas seducidas, hijas deshonradas, jóvenes arrancadas del hogar doméstico, asesinos y rufianes, mozuellas de perversión tan horrible que atraen á los incautos á sus hediondas guaridas para que allí perezcan por el puñal ó por la espada, un soberano libertino sin decoro, una corte abyecta, y en medio de todo esto un bufon deforme y contrahecho, que no teniendo otro oficio que el de hacer reír nunca dice una agudeza ni una gracia, sino que semejante al perro de presa, no abre jamás la boca sino para morder con encarnizamiento.

Y si de los caracteres pasamos á las situaciones, contempláremos allí á la robada Gilda saliendo de la habitación del duque, con quien ha permanecido encerrada, mientras que su padre pugna por derribar la puerta que guardan cortesanos viles, celosos de proporcionar á su amo por cualquier medio nuevos placeres y nuevas víctimas. Imposible parece que cosas tales se escriban para un teatro y para ejecutarse ante una concurrencia compuesta de personas de decoro.

Esta consideracion hizo que fuese prohibida por la censura, como lo está en efecto, la traduccion española del drama original francés de donde *Rigoletto* está tomado, y que escribió Víctor Hugo con el título de *Le roy s'amuse*, ó sea *El rey se divierte*. La ópera, no estando en español, no cae dentro de las actuales atribuciones de la censura, y por eso corre sin contradicción.

Las conocidas tendencias de aquel célebre escritor esplican las que quiso dar á su obra. Era una idea que bajo mil fases y en otras producciones se propuso desenvolver para que la semilla en ellas encerradas pudiese dar un día sus frutos. Los dió en efecto, y á la verdad muy amargos, aunque pudieron serlo mas.

Caracteres como estos, situaciones como estas, no pueden menos de infiltrarse en toda la obra, y así es que en medio del gran talento con que su

música está escrita, siempre sobrenadan y siempre afectan de un modo desagradable á todos aquellos que no van solamente al teatro á escuchar sonidos. Por eso, haciendo entera justicia al relevante mérito de Verdi, vemos con mayor placer otras obras suyas, como por ejemplo *El Trovador*, donde nuestros sentidos no están en pugna con nuestra razon.

Menos afortunada que la de *Hernani* ha sido la ejecución de esta segunda ópera. El tenor ha estado peor. La Sra. Tilly ha alcanzado algunos aplausos, que ha compartido en el barítono Sr. Pacini; pero en general la ópera se ha oído con frialdad cuando menos. *Hernani*, en su tercera representación, puede decirse que no ha logrado sostenerse.

No podemos aun ocuparnos hoy de *María di Rohan*, de esa admirable joya del ilustre y malogrado Donizetti.

Estamos en visperas de oír á la eminente Ristorty, la cual deberá comenzar sus tareas, segun los anuncios, en la próxima semana. Los periódicos de la plaza nos dicen que ha llegado ya su secretario. Algo es, pero no lo bastante para que el día señalado veamos *La Medea*, con la que parece hará la gran artista su estreno.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ELLAS Y ELLOS.

CUENTO.

".....debemus suscipere hujusmodi, ut cooperatores simus veritatis."

JOAN., EP. III.

PRÓLOGO.

15 de Julio.

Juan X..... hijo de Madrid, provincia de idem, es lo que se llama un chico de talento; pero corto de genio: aburrido de la coronada villa, farto de tono por sobra de otra cosa, ocurriósele venir á un puerto de mar, y se vino. Juan pára en la fonda de doña Restituta; Juan está cada mañana y cada tarde, á todas horas en el agua como un pato; Juan se liquida, perece, está para consuelo de dolencias enamorado como un bruto..... *Fin del prólogo.*

I.

30 de Julio.

Son las mil y quinientas de la noche.

En el café no me acuerdo cuantos, en un rincón donde la luz y las tinieblas luchan á brazo partido, en torno de una mesa, que es una calamidad, vénse tres jóvenes, que valen tres calamidades: Perico, que fuma y se divierte con el humo; Antoñito, que se limpia los dientes con un palillo; Diego,

que se fastidia. En el momento mismo en que á Perico se le cae la ceniza y se le apaga la colilla, que á Antoñito se le rompe el palo entre los dientes, que á Diego le pica en la nariz un mosquito, terco como un vizcaino, aparecen dos nuevos personajes: Juan y Modesto que, con el permiso del lector, se sentaron.

—¿Cómo va el negocio? dijo Perico encarándose á Juan.

Juan suspiró y añadió Pedro.

—Chico, haces mal: aquí el amor es contrabando, se liquida como pipa de vino en pesos fuertes.

—¡Y enamorarse de Pepita O'Millions! exclamó escandalizado Antoñito: si tuvieras al menos cuatrocientos mil duros, como tu rival D. Gil de la Rapiña.....

—O un título de Castilla, como el marqués de la Deuda; añadió Diego.

—Eso mismo le venía diciendo, concluyó Modesto: estoy por el primo, que se divierte, que.....

Los mozos del café dieron media vuelta á la llave del gas.

II.

Juan se retiró á su fonda lleno de miedo como un pobrecito: segun cuenta él mismo, el corazón se le puso tamaño como un grano de arroz.

—¡Cuatrocientos mil pesos! ¡marqués de!... ¿Qué hacer?

Juan no era mas que un abogado de tres al cuarto: de frente y de espalda, por la derecha y por la izquierda, mirado por cualquiera parte abogado, ni un punto mas. Tenia, es cierto, esa quisicosa que se llama talento; tenia grandes, inmensas esperanzas de pleitos, que era como tener un tío en Indias; tenia por delante todo un porvenir, lo que mirado despacio era y es una verdad como un templo. Todo esto le animó, y como esto se le iba ocurriendo á medida que se desnudaba para meterse en la cama, animóse Juan justamente en punto de quitarse el pantalón, y así fué que, enfundada una pierna y desfundada otra, llevó el índice á la frente, como quien discurre, y se puso á pensar en el medio mas pronto y seguro de hacerse hombre de medio millon de duros, grande de España de primera clase ó cualquiera otra barbaridad por el estilo.

Pasó una hora y Juanito continuaba con el pantalón á medio sacar en la mano izquierda y el índice de la diestra en la frente.

La vela espiraba, Juan desfallecía ya: dijo la luz páselo Vd. bien y las ilusiones le dieron las buenas noches.

—¡Cuatrocientos mil duros! ¡marqués de!... ¡Si yo fuera ministro! exclamó.

Concluyó de sacarse los pantalones, arrimó una silla al lado de la cama para subir, hizo la ascension, tomó la horizontal.

Y aquí paz y despues gloria.

III.

Juan tuvo aquella noche una horrible pesadilla:

parece ser que se le apareció el diablo en persona acompañado de mucha gente del otro mundo; cada uno de los acompañantes llevaba un saco, ó para hablar mas comercialmente, una talega. Cuenta Juan, que á una mueca del diablo empezaron á llover talegas encima de su alma: como una media hora estuvieron cayendo talegas sobre Juan; el pobre chico quedó hecho una tortilla.

A la mañana siguiente sacó una cara de condenado: figúrense ustedes!...

Vistióse, atildóse lo mejor que pudo, no sin sentir la ausencia de un traje *comm'il faut*, porque ello es una verdad que en el día un buen mozo no vale una corbata bien puesta: en seguida con el objeto de hacer tiempo ó matarle, que todo es igual, salió al balcon.

Escelente idea: en el balcon de la casa de enfrente, que era toda una señora casa, estaba una muchacha... ¡qué muchacha!... ¡qué nariz aquella, Dios mio! ¡qué dientes! ¡qué soles!—Aquellos ojos negros, inmensamente rasgados, por donde cabia Juan todo él vestido con sombrero de copa alta; aquella cabellera, que haria ella sola la fortuna de un peluquero, cabellera, negra como los ojos, guardando los confines de un rostro de nieve; aquel cuerpo irresistible, como una necesidad; aquellos contornos, velados por un peinador blanco; aquella mano diminuta, cargada de fluido; la sospecha de un pié, desesperacion de todos los maestros de obra prima, pié enloquecedor, pié... pié... Nos perdimos: estamos en estado de sitio.

Juan dió un grito: aquella mujer era la quinta esencia de su alma, su dicha, su desesperacion mas honda; lo que veia en el teatro, á la orilla del mar, en la *soirée* A, B, C, D; Pepita O'Millions.

Súbitamente se cambió una mirada de uno á otro balcon, se oyó un suspiro, rompióse el fuego.

Juan quedó transportado mirándola de hito en hito: hubo un instante supremo en que creyó imposible que aquella flor del cielo pudiese vivir en la atmósfera caliginosa de un asentista, ó en el viejo archivo de un noble godó.

Los ojos de Juan parecían dos ascuas: Pepita bajó los suyos, sonrojóse y desapareció bruscamente. El chico sintió que se le partía el alma: hizo-sele un nudo muy gordo en la garganta al ver que por un extremo de la calle entraba un elegante *milord*, cuyos lacayos llevaban la librea del marqués de la Deuda; por el otro extremo la pesada carroza de D. Gil; por la callejuela de enfrente un buen mozo, que desapareció por una puerta de escape, casi sospechosa.

—¡El primo! ¡el marqués! ¡el banquero! exclamó nuestro pobre hombre en el colmo de su desesperacion: la van á subastar, se la van á disputar la impudencia, el vil interés, el necio orgullo... ¡Oh! la desprecio: es una mujer sin pudor, sensual, egoísta, vana.

Juan cerró el balcon de golpe, tomó el sombrero, se metió un *revolver* en el bolsillo, y salió de casa decidido á pegarse un tiro.

IV.

Anduvo calles y calles sin saber lo que andaba, como un loco.

A la vuelta de una esquina, una jóven de buen trapillo, inundada por la gracia, por toda la gracia de la tierra, le llamó por su nombre; pero que si quieres. La muchacha enjugó una lágrima, hizo un cuarto de conversion y marchó: era una modista, con quien Juan habia hecho conocimiento en el cupé de la diligencia, de quien se habia enamorado perdidamente, á quien habia dado palabra de casamiento. Pero ahora Juan iba muy indignado de la injusticia de los hombres y de las mujeres, para que fuese á recordar así de golpe nada menos que una palabra de casamiento. ¡Ahí es un grano de anís!

Continuó, pues, andando: toma por allí, daca por aquí, Juan dió consigo sin saber cómo en la callejuela de su Pepa O'Millions en el instante en que Pepita, seguida de una doncella de tocador, salía de su casa por la puerta de escape.

Segundo grito de Juan, segundo cambio de miradas, segundo suspiro.

Pepa andó, la doncella andó, Juan andó, uno en pos de otro; y anda que anda llegaron á los baños, á lo que casi pudiéramos llamar *establecimiento de baños*.

Sentóse la chica á la derecha de una galería, sentóse el chico enfrente á la izquierda; y la primera, hermosa como nunca, y el segundo, caído de sus negros proyectos, olvidado de su *revolver*, empezaron un coloquio mudo, que el demonio que le entendiese: hasta que llegó un bañero, dijo cuatro cosas á la doncella, la doncella las puso á disposicion de su señorita, y la señorita y la doncella se fueron.

Como un cuarto de hora estuvo Juan mirando hácia la parte por la que escapara Pepita: por fin se levantó, empezó á desabrocharse el chaleco, pidió un cuarto, una sábana, etc., etc., y, como quien no hace nada, trató de bañarse.

Metió en el agua su cabeza llena de ilusiones: Juan podia hacérselas, era buena figura; aprovechamos el momento crítico en que se mete en el agua para decírselo al lector. Ninguno en el caso de Juan sabe nadar: fuese por tanto á una cuerda, oculta detrás de una escalera, y aferróse á ella: ta-oique por medio tenia lugar esta conversacion:

—Perdone V., señorita, pero es un disparate.

—Yo le amo.

—Despreciar así á un comerciante tan rico, á un marqués tan noble, y á un primo tan simpático por un desconocido!...

—Y qué me importa todo eso? Lo que importa es que sea hombre honrado, de talento, y sobre todo, que me ame: quiero un hombre que me ame por lo que valgo, no por lo que tengo....

No se oyó una palabra mas: las que así hablaban se alejaron, y Juan desvanecido, fuera de sí, saltó á la escalera, subió arriba y sin encomendarse á Dios ni al diablo, hecho un papá Adán, se coló en la galería, abalanzóse á Pepita, que entraba á tiempo, hincóse de rodillas con las manos

estendidas, suplicantes, chorreando agua salada, y... sabe Dios á donde hubiera ido á parar el asunto si un municipal, un carabinero, un bañero, tropa de todos los colores, no le hubieran cogido por el brazo, levantándole, apartado de aquel lugar violentamente.

Pepita, como era de *ene*, se desmayó.

V.

Un caso tan extraordinario pedia medidas prontas y extraordinarias.

Como por ensalmo le pusieron un pantalon y una camisa, le metieron en un coche á empellones, como á persona de poco mas ó menos, y le condujeron al gobierno de provincia.

Eran las diez de la mañana ó las once, que mal-dito si nos importa la hora. El señor gobernador, que se las estaba gobernando durmiendo como un lirón, se levantó despues de algunos *dimes* y *diretes* y se dignó dar audiencia: entrado Juan, relatado el caso, la autoridad superior se inhibió y remitió el cuerpo del delito al señor alcalde de la villa.

El señor alcalde constitucional que, como hubiera salido á dar una vueltecita por su hacienda, no pareció hasta las cuatro de la tarde, buscó en el código la especie de *delito* y la especie de *pena*: al cabo de media hora, ojeados los tres libros, visto que nada decian, inhibióse el señor alcalde y remitió la pieza á la capitanía del puerto.

Llegó Juan á la capitanía, eternamente acompañado de un municipal, que juraba por todos los santos del cielo y por todos los demonios del infierno: en la capitanía del puerto se meditó nuevamente el caso, se avisó á la *interesada*, se llamó á un consultor, se ofició al comandante del distrito, etc. etc.

El caso no era para menos: se le doy yo al mas pintado.

Así las cosas, cuando todo se volvía autos para mejor proveer, cuando los pareceres divididos fluctuaban entre remitir á Juan al dueño del *establecimiento de baños* ó pegarle una paliza de padre y muy señor mio, apareció en el umbral de la puerta un caballero, aunque anciano, presentable: á su entrada todos se levantaron con respeto.

—D. Juan X..., preguntó encarándose con el capitán.

—Ahí le tiene V.

Juan se levantó y saludó con toda la elegancia que le permitia su *negligé*.

—Este caballero, dijo el anciano, me pertenece.

—Pero, señor, exclamó el pobre Juan; ¿pertenezco yo á todo el mundo?

El anciano murmuró cuatro palabras al oido del capitán, este mandó á Juan que le siguiera, y se sobreesayó en el pleito.

VI.

Juan atravesó la ciudad con su nuevo guardian en el fondo oscuro de una elegante carretela. Fí-gúrense Vds. cual sería su sorpresa al entrar en

la casa, que él reconoció ser de su amada; al ver que el anciano le ayudaba á bajar del coche y le sonreía con dulzura, que aquellos criados tan galoneados le saludaban como á su amo y señor.

Entraron en una sala exornada con un lujo oriental: Juan se asustó de verse allí en mangas de camisa.

—Hijo mío, dijo el anciano como absorto en sus propios pensamientos; sé que esta mañana ha hecho V. una locura....

Juan quiso hablar.

—Es inútil, interrumpió el susodicho; yo la disculpo, porque la comprendo. Sé quien es V. y esto me basta; sé que es V. hijo de un paisano mío, hombre honrado, que goza de toda la estimación posible en su país: felizmente puedo dar á V. mi hija y mi fortuna; mi hija le prefiere á V., sea. Usted tiene buen talento y esto me garantiza una buena conducta en su nueva posición; un amor correspondido me responde de la dicha de mi hija.

En aquel momento entró Pepita: á Juan le dió un síncope escandaloso, volvió en sí y se le levantó calentura; en una palabra, estuvo el infeliz muchacho tres días en cama.

Pepita, perdida ya desde la escena de la galería, escena capaz de volver el juicio á todas las nacidas—las nacidas son así;—Pepita que veía en la enfermedad de Juan una prueba irrecusable de amor, y no el efecto natural de un día de ayuno, en que tantas emociones habían transido el alma de un cuerpo, que después de haberse paseado con un *revolver* en el bolsillo, pasó por un baño, y húmedo de pies á cabeza trabó conocimiento con todas las autoridades de la provincia;—Pepita, decimos, se entusiasmó hasta el heroísmo.

Pocos días después *ella y él* se casaban: al entrar en la iglesia vió Juan los ojos encendidos de la modista del cupé, Pepita no los vió; al salir de la iglesia vió Juan á sus amigos Perico, Antoñito, Diego y Modesto, que se hacían cruces.

VII.

CONCLUSION.

Juan X. Pido la palabra.

El autor. V. la tiene.

Juan X. Señores: las mujeres no son tan malas como dicen por ahí, peores somos nosotros...

El autor (interrumpiéndole). Pasará á informe de una comisión.

Z. CASAVAL.

UN AVARO.

Mirando atento unas llaves
De raro gusto y primor,
Está Don Tomé Garduña
En su estrecha habitación.

Amarilla está su cara
Cual la cara de un doblón,
Que de sobar tanto el oro
Se le ha pegado el color.

Terribles tiene las uñas,
Cada cual como una hoz,
Que pudiera aprovecharlas
En el campo un segador.

Pensando está en su dinero
Como en su novia un garzón,
Porque el amor de la plata
Reduce todo su amor.

Es hombre que por tomar
Tomaría un bofetón,
Mas agarrado que un asa,
Mas ruín y seco que un no.

Entiende la economía
Mejor que Smith y Proudhon,
Y al consumir un ochavo
Se muere de consunción.

Por no soltar, ni la risa
Suelta el bendito señor,
Y está delante de gentes
Mas serio que un panteón.

Porque lleva el talle suelto
A su hija riñe feroz,
Pero al verla con *prendido*
Se le quita el mal humor.

Mató un hijo muy buen mozo
Cuando soldado cayó,
Temiendo que por su altura
Le nombraran *gastador*.

Suele constiparse adrede
Por ver *tomada* la voz,
Y por tener solo emplea
Para comer, *tenedor*.

Por firmar recibos, pone
"Recibí tal tropezo,
He tomado.... la quinina
Que me recetó el doctor."

Dice que el día del juicio
No tendrán perdón de Dios,
Los tiradores de oro
Que haya en cualquier población.

Cuando compra alguna cosa
Siempre de poco valor,
Sufre dolor de *costado*
Por lo mucho que costó.

Porque no diese la hora
Paró en su casa un reloj,
Y no ha admitido un criado
Porque fué repartidor.

De zarzales porque agarran
Todo su jardín sembró,
Y el que entra allí ya no sale
Ni de un tirón, ni de dos.

Suele tener por amigos
De escribanos un millón,
Cerrajeros, en fin, gente
De vió, llegó y agarró.

Pasa el tiempo contemplando
Las llaves de su cajón,
Y por la de un gentil hombre
No cambiará la peor.

Y aun dudo mucho, lectores,
Que las cambie el muy atroz,
Por las que tiene San Pedro
De la celeste mansión.

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

ESTE MUNDO ES UN FANDANGO.

NOVELA ORIGINAL

DEL CORONEL

DON MARIANO RUIZ-LORENZO.

(CONCLUSION.)

VIII.

Oigamos á los cuatro personajes discurrir sobre la crisis, y al quinto, Atanasio, que aparecerá pronto, cuya parte en el diálogo marcaremos con At., y la de don Fernando con una F.

—F. Felices noches, señoras. Amigo, vengo de la casa de enfrente.

—S. De casa del señor ex-ministro? Ya lo dijimos hace poco.

—F. Ni un alma ha parecido esta noche por su casa, fuera de dos ó tres amigos que le apreciamos y á su amable familia con el mayor desinterés. Las señoras están tan desazonadas....

—S. Lo que es el mundo! Luego que han sabido....

—F. Y le coje á Vd. de susto?

—S. Al contrario, cada vez estoy mas convencido de que....

—D. Todo es una farsa. Intereses, intereses: he aquí la opinion que prevalece.

—S. Sin embargo, yo conozco personas....

—A. Muy juiciosas, muy sensatas, de firmes convicciones políticas. Pero mi hermana por su razon juzga al ageno.

—D. Yo no niego que las haya. Pero es tan escaso el número....

—F. Demasiado cierto es por desgracia el parecer de Vd., señorita.

—S. Bien: y despues de todo ¿qué sacaremos en limpio? Porque si he de juzgar por lo que pasa en mi casa, difícil es saber á qué atenerse.

—D. La cosa es bien clara. Sabe Vd. que Ruidera es novio de Ana; que está empleado en el ministerio, y que con fundamento ó sin él, tenia esperanzas de que su gefe le adelantase en su carrera. Como ha caído....

Aquí fué interrumpida Dorotea por un fuerte campanillazo que se oyó: viéndose á poco entrar á Atanasio medio sofocado con la agitacion que traia, habiendo atropellado á la infeliz criada que queria detenerlo para anunciarlo con el ceremonial de costumbre; y arrojando el sombrero en una silla, exclamó con voz medio ahogada: señoritas.... señores....

Y sin mas cumplimientos se sentó en el confidente sin poder apenas hablar.

—A. Jesus, Atanasio, qué fatigado viene Vd!

—At. Hay ciertas impresiones que causan tal agitacion....

—A. Ya.... pero deben tomarse con calma.

—S. Ciertamente. Además, Vd. está bien quisto, y no debe importarle nada la mudanza....

—At. La mudanza del ministerio? Al contrario, la deseaba, porque....

—D. Qué tal?

—F. Usted la deseaba?

—At. Sí por cierto. El que va á ser elegido ministro de mi departamento, ó por mejor decir, el que ya está elegido, pues á estas horas habrá jurado en manos de S. M. el nuevo ministerio, es mi antiguo protector el director del periódico donde yo escribia, que tan amigo es de mi padre; y no hace diez minutos que acaba de ofrecermme ir á provincia con doce mil reales; esto es, doblando el sueldo que ahora disfruto y con el que me era imposible atender á las próximas obligaciones que.... Con que.... me parece.... me falta la respiracion.... pero creo que me habrán Vds. comprendido.

—D. (Riéndose.) Perfectamente.

—A. Quiere Vd. beber un poco de agua? Tranquílcese Vd.

—D. Sí, tenga Vd. mas calma, porque.... Hermana, qué dices ahora del cambio de ministerio?

—At. Supe la crisis cuando salí de aquí, y en vez de ir al concierto, me dirigí á indagar, y por las noticias que recogí pude deducir las probabilidades.... corrí á casa de mi padrino, y....

Lo avanzado de la hora y la inconsecuencia de aquel charlatan apuraron la paciencia de don Fernando, quien cogiendo su sombrero y alargando la mano á su amigo don Severo, con una significativa mirada, que fué correspondida por parte de este con un arqueamiento de cejas, cortó la conversacion, exclamando al mirar su reloj:

—F. Las doce: ya es hora de recogimiento. Hasta mañana.

Y saludando en general, desapareció.

Don Severo, que habia acompañado á su amigo hasta la puerta del gabinete, dijo á Atanasio:

—S. Habrá Vd. sentido la caída de su jefe.

—At. Yo le diré á Vd.: como últimamente no corrimos bien....

—D. ¿Pues no decia Vd. hace poco que era tan bueno, que le queria Vd. tanto que.... Vamos, un cambio tan repentino es....

A. Tan repentino!.... Mas repentina ha sido la mudanza del ministerio, y ya ves que es un asunto mas grave.

—D. Me hace gracia la salida!

—At. Ya se ve! no puede uno á veces decir todo aquello que siente, porque hay cosas....

—A. Tiene razon.

—S. No puedo aprobar esa falta de agradecimiento, de consideracion siquiera hácia una persona á quien se debe....

Mientras así hablaba don Severo, cuchicheaban los novios, saliendo del conciliábulo el espresarse Atanasio en estos términos:

—At. Señor don Severo, ya sabe Vd. mi buena suerte y lo que voy á ganar en poco tiempo. Espero pues que no nos negará Vd. su beneplácito para que se cumplan los deseos de Anita y los míos.

—S. Pero, amigo, esto debe mirarse con mas calma. Apenas ha caído el ministerio.... é improvisar así sin mas ni mas una boda.... Además, Vd. tiene padre, y las conveniencias sociales exigen que al menos....

—At. Sí, señor, es cierto. Pero mi padre es un hombre ageno á ciertas etiquetas de la sociedad; y todo lo que sea sacarlo de entre sus terrones.... Cuanto yo haga dará por hecho. Por otro lado, Vd. conocerá que andarse en circunloquios ni rodeos de eso que se llaman conveniencias sociales, no es mas que malgastar el tiempo. En esta época todo debe hacerse al vapor, osadamente. Y si nó, vea Vd. como yo me fuí derecho al grano. Si hubiera esperado á que el nuevo ministerio hubiese tomado posesion, de seguro habria llegado tarde. Tal vez mañana recibiré la credencial, y ya ve Vd. que no se puede perder el tiempo, porque tendré que marchar y....

—A. Eso es verdad.

—S. Ya sabe Vd. que la dificultad que oponia á su enlace con mi hija, era el sueldo tan escaso de que Vd. gozaba. Si efectivamente obtiene Vd. el nombramiento....

—D. Se lo quitarán mañana; porque si volviesen los ministros caidos....

—At. Eso es imposible. Si Vd. estuviera en ciertos secretos....

—A. Qué!... imposible! Tenian muchos enemigos, la opinion se manifestaba muy compacta, y no es fácil....

—D. Pues no pensabas así hace poco.

—S. Tiene razon.

—A. No habia necesidad de decir la verdad de cómo pensaba. Ahora lo digo francamente; me alegro que hayan caido.

—At. Si era consiguiente. Yo estaba deseándolo por momentos. Otros, otros que hagan la felicidad de la patria.

—D. De la patria!.... Pobre patria, todos la tienen en boca, y no hay cosa de todos mas olvidada!

—S. Es verdad, hija mia. Mira, vé si está la cena, porque es demasiado tarde. Y si el señor gusta....

—At. Gracias. Con las impresiones recibidas en tan poco tiempo, se me ha pasado sin sentir la hora.

—S. Son cerca de las doce y media.

Saludó Atanasio y marchó, yéndose á cenar don Severo y sus hijas.

IX.

Todo el dia siguiente lo pasaron las hermanas, especialmente Ana, con una gran ansiedad por la noticia que les trajo la criada cuando fué á la compra, de que habia amagos de armar jarana. Esa es fruta propia del verano, exclamaba Dorotea; y disuadia á su padre para que no saliese de casa, como en efecto lo logró.

No cesaba Ana de ir y venir al balcon, procurando observar los semblantes de la poca gente que bastante de prisa pasaba por la calle, sin que de ello ni del interrogatorio que sufrió el aguador única persona que en todo el dia habia entrado en la casa, pudiese deducir cosa cierta.

Al fin llegó la noche y se sintió llamar. Ana acudió precipitadamente á abrir, prescindiendo por

esta vez del severo ceremonial; porque no hay cosa que haga mas lisa y llana á las personas montadas en la exagerada etiqueta aristocrática que las novedades de semejante jaez; é interrogó á don Fernando, pues era él, con la pregunta que tan en boga se halla de ¿qué hay?... la cual, á menudo sustituye á la de preguntar como antes, por la salud de la persona á quien se habla.

Don Fernando le contó que todo estaba tranquilo, y que lo de la jarana solo habian sido voces esparcidas por gentes de no buena intencion. Y como al entrar en el gabinete fuera diciendo que habia otras novedades de importancia, don Severo, que le habia salido al encuentro, alargándole la mano, le preguntó tambien con el mayor interés:

—F. Amigo, si no lo hubiera visto y oido, no lo creyera. Porque parecia tan positivo...

—A. Vamos, acabe Vd., de tranquilizarnos, don Fernando.

—F. No sé si conseguiré hacerlo con todos. Vengo de la casa de enfrente.

—A. ¿De casa del ex-ministro? Qué, ¿le han desterrado?

—F. Nada de eso; al contrario. Subia yo la escalera cuando suena un carruaje, me paro á ver quien era, y me encuentro con el Sr. ministro, que habia dejado de ser ex, pues acababa de ser llamado por S. M. para manifestarle que de ningun modo admitia su dimision ni la de sus cólegas.

—D. ¿Con que ha resucitado el ministerio? Lance mas peregrino!...

—A. Vamos, eso no puede ser.

—F. ¿No? pues venga Vd. y se desengañará.

Con efecto, se asomaron al balcon apartando un poco la cortina y vieron muy iluminadas las salas.

—S. Y cuánta gente va entrando!

—D. Y con qué sonrisa van todos! ¡Para el diablo que los crea! Pues Sr., buena leccion!

Fué anunciado Atanasio, quien entró saludando y, manifestándose muy plácido.

—A. Usted sin duda no sabe...

—At. ¿Que la crisis ha desaparecido? Pues nada mas natural. La opinion pública se manifestó en favor del ministerio dimisionario, y S. M., con ese buen tacto que demuestra sus deseos del bien general...

—A. Però ahora...

—At. Ahora quedaremos como antes. ¿Qué mal hay en esto?

—D. Yo no he visto unas transiciones mas rápidas!

—A. Transiciones!... Dáles su verdadero nombre: llámalas diplomacia y acertarás.

—S. ¿Qué dice Vd. á esto, amigo?

—F. Que esto ó cosa parecida es lo que comunmente pasa, no solo aquí, sino lo mismo en Portugal, en Francia... en fin, en todas partes.

—S. Entonces con razon podremos decir, que este mundo es un fandango.

—F. Ciertamente, amigo, y un tonto el que no lo baila.

—D. Si no da al traste antes de concluir el baile.

APÉNDICE.

Considerando al lector poco satisfecho con el final de nuestra novela que no concluye la historia de los personajes que en ella figuran como se hacia mas generalmente en las antiguas, cuyos autores apuraban la accion hasta que se casaban ó morian los actores que jugaban en sus fábulas, le diremos que hemos narrado hasta donde hemos sabido, y que deseosos de complacerle, hemos procurado algun tiempo despues averiguar lo que ha ocurrido á cada uno de los cinco, resultando de nuestras eficaces indagaciones lo siguiente:

Que habiendo quedado cesante don Atanasio de Ruidera, á resultas de ciertas medidas de economía para descargar el presupuesto, por las que fueron suprimidas las plazas de dos auxiliares, dos escribientes y un portero; no quedando á nuestro jóven sueldo alguno por sus cortos servicios, y habiéndose negado su padre á mandarle nada desde que habia sabido el abandono de los estudios para ser empleado; la necesidad que tiene cara de hereje, hizo que el ya gallo hecho y derecho se decidiera á ponerse en camino para su lugar, despues de haber pasado en la corte dias amargos de desengaños de todo género.

Recibido por don Bruno con la indulgencia propia del cariño paternal, se transigió todo, suscribiendo el jóven á dedicarse á la labor para ayudar á su padre que ya era de bastante edad; mas sin dejar en las soledades que pasaba en el campo de seguir formando sus castillos en el aire, esperando para llevarlos á cabo que hubiera un pronunciamiento, para á rio revuelto, sacar el partido que en otros habia visto.

Pero quiso su buena suerte, que olvidado de Ana y enamorado de una guapa lugareña que sabia bien donde le apretaba el zapato, de tal modo lo dominó, que con gran beneplácito de don Bruno se hilbanó el casamiento, quedando transformado Atanasio en poco tiempo en un hombre formal, reflexivo, amante de su casa y familia, no pudiendo menos de avergonzarse cada vez que recordaba las escenas de la corte, en que habia hecho el principal papel, papel tan ridículo y despreciable.

Don Fernando, que llegada la época de restituirse á su pais, pidió la mano de Dorotea, y con gran contento de don Severo se hizo el casamiento tambien al vapor, por tenerse que marchar.

El honradote don Severo murió de un ataque apoplético; y su hija Ana tuvo que recurrir á ponerse bajo la tutela de su tia, hermana de aquel: pues aunque la quedó horfandad, no era decente el vivir sola. Permanecia soltera, y lo peor de todo, sin esperanzas de variar de estado; pues los hombres de algun mundo huyen por lo comun de las mujeres, que con tales ideas y montadas al gran tono, sin tener intereses para sostener el boato en que sin poder han vivido, por la perniciosa condescendencia de los padres, no suelen ser mas que una carga muy pesada y un semillero de disgustos.

Réstanos solo hablar de la criada, y lo haremos por complacer en un todo al lector. Esta in-

feliz quedó sin acomodo luego que fué deshecha la casa de su antiguo amo. Mas despues de algun tiempo en que consumió la mayor parte de sus ahorros, halló al fin colocacion en casa de un maestro carpintero, andaluz por mas señas, hombre de ligeros cascos, que la trataba mal, y sobre todo, un dia que segun estaba acostumbrada por su antigua señorita, entró en la habitacion donde comian sus nuevos amos, anunciando al señor tabernero de enfrente, que era paisano y amigo del maestro.

—Y por qué no entra? le preguntó el carpintero.

A lo que contestó el tabernero desde la puerta:

—Porque se le ha puesto en la cabeza á ese estafermo que me he de esperar á que traiga el permiso. Qué novedad es esta, compadre?

Agarrando el carpintero un tarugo que á mano halló, se lo tiró á la desdichada hiriéndola en la cabeza y diciéndola al mismo tiempo:

—¡Anda con dos mil demonios, stampa de la herejía! ¿Crees que estás en casa de alguno de esos semi-usias, montados como dijo el otro al estilo de *quiere y no puede*? Entre Vd., compadre, y no haga caso de esa bruja que es capaz de dar un susto al mismo miedo.

Como era el tiempo tan caluroso, se le encontró á la desgraciada la herida y tuvo que marchar al hospital.

Solucion del geroglífico anterior.

Cada uno se entiende y trastejaba de noche.

EDITOR RESPONSABLE:

—DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

